

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

El largo viaje del presente a la eternidad

Autor/es:

Quintana, Angel

Citar como:

Quintana, A. (1998). El largo viaje del presente a la eternidad. La madriguera. (9):60-61.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41678>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# El largo viaje del presente a la eternidad

Àngel Quintana

**La concesión de la Palma de Oro a *La eternidad y un día* en Cannes rinde justicia a la figura de Theo Angelopoulos. Con tono intimista, el film nos cuenta el exilio interior de un poeta amenazado de muerte que avanza por un presente finisecular a la conquista de esa armonía perdida que sólo las palabras pueden alcanzar. La búsqueda de un nuevo sentido al propio presente y la proyección individual hacia el futuro iluminan las nuevas imágenes-símbolo de la propuesta de Angelopoulos**

Después de haber contemplado frontalmente en Sarajevo el sufrimiento y el horror del siglo de la barbarie, el cineasta exiliado –Harvey Keitel– comprendía, en la secuencia final de *La mirada de Ulises*, que había llegado el momento de emprender el viaje de retorno. El nuevo Ulises reconocía que había dejado de ser la misma persona que marchó y que después de la experiencia del viaje era irreconocible para todos aquellos que abandonó. “Te mostraré los signos y me crearás” –anunciaba a su incierta Penélope. Si en *La mirada de Ulises*, Angelopoulos proponía la infructuosa búsqueda de una soñada Ítaca a través de las manifestaciones de la barbarie del siglo, en *La eternidad y un día* nos propone un viaje intimista a través del día –el propio presente. Esta vez el viaje acaba proyectándose hacia la eternidad –la muerte–, mientras se afirma una esperanzadora idea del mañana. El poeta Alexandros –Bruno Ganz– se constituye como el sujeto del siglo, como ese ser que ha conocido todos los horrores de la Historia y que realiza un último desplazamiento físico y anímico por los lugares de su vida cotidiana. Profundamente marcado por las heridas de su tiempo, Alexandros lamenta haber abandonado numerosas cosas en el estadio del esbozo y no haber podido ni concretar ni completar sus sueños. También siente nostalgia por aquellos breves instantes de felicidad que ha dejado escapar. Su Penélope –Ana– no puede reconocerlo porque vive en el reino de los muertos. Sin embargo, la memoria permite a Alexandros poder rememo-

rarla en un perdido día de verano de hace treinta años. En su último viaje, el poeta lucha por reconciliarse con un tiempo que aparece atrapado entre las apariencias de lo visible y los fantasmas de lo visionario.

Durante su trayecto hacia la finitud de la existencia, Alexandros se cruza con un niño albanés que sobrevive limpiando cristales en las calles de Tesalónica. El poeta acompaña al niño hacia la línea fronteriza que separa a una Grecia integrada en la sociedad del bienestar de una Albania que se ha ido hundiendo en el abandono, en esa miseria que suele acompañar el destino de los marginados. El niño contempla el horizonte que invade el territorio de su identidad, pero este aparece envuelto por la niebla. Del interior de la densa niebla sólo puede observar cómo emergen los espectros de unos seres que aparecen afe-rrados a las alambradas mientras ansían, infructuosamente, la fuga del infierno al que han sido condenados. El pequeño albanés llora, constata su irremediable soledad, certifica la inexorable pérdida de sus raíces, pero debe acabar aceptando su propio exilio. Antes de marchar hacia un improbable destino, el niño, que proyecta su inocencia hacia el siglo XXI, se sienta junto al poeta en un autobús. Angelopoulos diseña el espacio del autobús como marco ritual por el que transitan los símbolos de las numerosas luchas (fracasadas) que a lo largo del siglo han intentado transformar los diferentes presentes. Al autobús suben unos estudiantes decididos a cuestionar la sociedad que les depara su vida adulta, unos militantes comunistas enarbolan unas banderas rojas y un grupo de músicos se disponen a combatir la barbarie con el arte. El poeta y el niño contemplan las diferentes formas de resistencia mientras el autobús de la historia avanza hacia su destino. El niño acaba subiendo en un barco y se aleja hacia su lugar en el mundo, el poeta se sumerge en la visión de los goces de felicidad que no pudo llegar a vivir en el pasado. Al final, después de reencontrar a su Penélope se sitúa junto al mar esperando que la muerte ciegue su existencia. El niño se ha proyectado hacia el misterio del mañana, mientras Alexandros lo ha hecho hacia el misterio de



la eternidad. Ambos, como todos los seres atrapados por la incertidumbre finisecular, se han constituido como sujetos del exilio.

En el epicentro de *La eternidad y un día*, Alexandros cuenta la historia de otro poeta griego del siglo XIX que vivió el exilio físico en Italia y acabó perdiendo su propia lengua materna. El relato, que como es habitual en el cine de Angelopoulos adquiere el carácter de una parábola, está inspirado en la vida real de Dionisos Solomos, un griego de origen aristócrata que marchó a Italia, conservó el griego antiguo pero se olvidó de los conocimientos adquiridos de griego moderno. Al regresar a su país de origen quiso aprender la lengua de su pueblo. Quería afirmar su identidad como poeta y comprender mejor los lazos que unen las palabras al verdadero significado de las cosas. La historia del poeta Dionisos Solomos y su búsqueda incesante de la etimología griega marca el tono general del viaje intimista que emprende el protagonista de *La eternidad y un día* junto al pequeño albanés. Si tras los desplazamientos del cineasta de *La mirada de Ulises* surgía un deseo de

comprensión de la inocencia perdida, el objetivo del viaje del poeta reside en la conquista de la armonía. La última película de Angelopoulos nos habla de la necesaria reconciliación entre los seres y el mundo, de la urgente necesidad de superación de las numerosas fronteras que han parcelado nuestra existencia. Angelopoulos muestra ese sujeto finisecular que se encuentra superado por los procesos de una Historia que en vez de convertirse en progreso se ha convertido en un monótono eterno retorno. ¿De qué modo el poeta puede llegar a otorgar alguna forma de sentido a un mundo marcado por la inevidencia? ¿Cómo la imagen-símbolo que preside la poética de Theo Angelopoulos puede encontrar la armonía perdida a lo visible? De nuevo, la metáfora sirve a Theo Angelopoulos de propuesta para pensar algunos de los grandes debates de nuestro presente. El cineasta cuestiona su propia función como artista encargado de buscar esa quimérica verdad del mundo. ¿Qué puede hacer un poeta frente a su presente? Esta es la pregunta clave de *La eternidad y un día*, y, por extensión, de todo el cine de Theo Angelopoulos ♦